

El País de los Niños Perdidos



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA,
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER.
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© Gustavo Martín Garzo, 2022
© De las ilustraciones, Sandra Rilova
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.
Tel.: + 34 91 355 57 20
www.siruela.com
ISBN: 978-84-19419-14-9
Depósito legal: M-18.519-2022
Impreso en Anzos
Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Gustavo Martín Garzo

EL PAÍS
DE LOS
NIÑOS
PERDIDOS

Ilustraciones de
Sandra Rilova

 Siruela

Las Tres Edades

Todos los niños desaparecen, misteriosamente.
Cuando menos se lo espera uno, un día,
los niños se han ido, y no vuelven más.

Solo un pie descalzo
ANA MARÍA MATUTE

CAPÍTULO 1

Gabriel y el dragón

Todos los niños odian el momento de acostarse, porque enseguida se apagan las luces y en la casa reina la oscuridad. Y a ningún niño le gusta la oscuridad. Por eso les piden a los adultos que les cuenten cuentos, que es la forma de retenerles a su lado. Eso hacía Gabriel cada noche, y, cuando su madre terminaba uno, le pedía otro y otro más, hasta que ella, de lo cansada que estaba, se quedaba dormida en su cama. Entonces se la quedaba mirando, y le parecía que podía adueñarse de su corazón. Para todos los niños el corazón de su madre es como un palacio lleno de secretos. Y a Gabriel le parecía que, mientras estaba dormida, podía pasearse libremente por ese palacio y descubrir lo que en él escondía. Pero eso nunca pasaba, porque el corazón humano es tan grande que por mucho que mires por un lado y otro nunca terminas de conocerlo.

A Gabriel le daba rabia dormirse tan pronto, porque ello le privaba del tiempo que necesitaba para estar con ella y poder preguntarle cosas.

—Mamá —le decía—, ¿por qué me entra tanto sueño cuando vienes a verme?

—Eso sucede —le contestaba ella—, porque el cuerpo de las madres desprende un aroma muy dulce que tiene el poder de adormecer a los niños para que puedan descansar y olvidar sus preocupaciones.

Paulina Martínez, su madre, era profesora. Daba clase en la Facultad de Educación. Y a veces se desesperaba con sus alumnos (casi todas eran chicas), porque prestaban más atención a sus móviles y a los mensajes y fotos que no dejaban de enviarse que a lo que ella les explicaba. Tenían la inteligencia, la simpatía y la calidez que siempre se tienen a esas edades, pero se habían separado del mundo de los cuentos, y, en ese caso, ¿cómo podías explicarles lo que era un niño? Solo los cuentos te decían lo que había en su corazón. No era difícil educar a un niño, les explicaba una y otra vez en sus clases. Solo había que buscar el cuento que guardaban en su interior y ayudarles a encontrar las palabras que necesitaban para contarlo. Pero no sabía si la hacían caso. Pensaba que no, lo que la llenaba de tristeza.

Y de todos los cuentos que existían el preferido de Gabriel era uno que tenía por protagonistas a un niño y a un dragón.

—Mamá —le decía cuando ya estaba en la cama—, cuéntame la historia de Gabriel y el dragón.

Porque el niño del cuento se llamaba como él.

Y ella se la empezaba a contar.

—Verás, esta es la historia de un niño que se llamaba Gabriel. Y una noche soñó con un dragón. No era muy grande, pues tenía más o menos su mismo

tamaño. Paseaba por el bosque cuando lo vio a la orilla de un lago. Mejor dicho, vio la luz que desprendía su cuerpo, pues la piel de los dragones fosforesce en la oscuridad. Es normal que sea así, pues una leyenda dice que proceden de la Luna. La Luna entonces estaba llena de bosques, como pasaba en la Tierra antes de que los empezaran a talar para aprovechar su madera. Los dragones vivían en ese bosque interminable, y se alimentaban de los frutos y las hojas de los árboles. Su preferido era un árbol cuyos frutos brillaban en la oscuridad, a causa del fósforo que contenían. Cuando llegaba la época de su maduración, los dragones no se cansaban de comerlos, pues no había un bocado más delicioso para ellos. Esta era la causa de que sus cuerpos brillaran, aunque eso Gabriel no lo podía saber. Ni siquiera sabía que existían los dragones. Había escuchado cuentos que hablaban de ellos, pero nunca se le había ocurrido pensar que pudieran ser reales. Pero vio aquella luz a la orilla del lago y no pudo evitar acercarse a ella para investigar. Y lo que vio fue un dragón como los que había visto dibujados en los cuentos.

»Ya te he dicho —continuó— que era más o menos de tu mismo tamaño, pues no se trataba de un dragón adulto, sino de una cría de dragón, de la misma forma que tú eres una cría humana. Tenía el cuerpo cubierto de escamas, y una cresta que, partiendo de su frente, recorría su espinaza hasta llegar a la punta de su cola. Y poseía dos enormes alas, que, como no tardaría en comprobar, le permitían remontar el vuelo sin esfuerzo. Y también una enorme boca que abría y cerraba sin cesar y que, a pesar de sus afilados dientes, a Ga-

briel no le dio miedo, a causa de sus ojos inmensos, que todo lo miraban con una expresión apacible, como si todo cuanto le rodeaba fuera nuevo para él.

»Se estaba acercando para verlo mejor cuando, a causa del ruido que hizo al pisar una rama, el dragón volvió la cabeza y lo descubrió entre los árboles. Y hay que decir que los dos se asustaron, pues, de la misma forma que es normal que un niño se asuste al ver volar a un dragón, los dragones tampoco saben gran cosa de los niños, y no pueden saber si son tan fuertes como ellos y si los van a atacar o no. De forma que los dos salieron huyendo, cada uno en una dirección: Gabriel, hacia su casa, que no estaba lejos de allí; y el dragón, que enseguida remontó el vuelo arrancando con sus alas las ramas y las hojas de los árboles cercanos, hacia una de esas cuevas donde se esconden y que solo ellos saben dónde se encuentran.

»Mas, en situaciones así, suele pasar que ese niño y ese dragón que se han visto ya no pueden olvidarse el uno del otro, y a partir de entonces solo vivirán para volver a encontrarse. Algo único une a los niños y las niñas con los dragones, algo que no se sabe qué es, pero que les hace buscarse como si cada uno guardara el secreto del otro y esperaran encontrarse para que se lo dijeran. Esto es así hasta que los niños crecen. Entonces, suelen olvidarse de la vida que tuvieron cuando eran pequeños y se transforman en aburridas personas mayores. A los dragones nunca les pasa eso, sino que, por más tiempo que vivan (algunos pueden alcanzar hasta los quinientos años), siguen teniendo siempre la misma edad. Por eso les gustan tanto los niños y hasta llegan a raptarlos y llevarlos a su cueva.

No porque quieran hacerles daño, sino solo para tenerles cerca y poder contemplar lo que hacen, pues es como si algo en ellos les recordara la vida que tuvieron en la Luna antes de tener que abandonarla.